

Newton Compton Editores

Este libro es una obra de ficción. Cualquier referencia a acontecimientos históricos, lugares o personas reales se ha utilizado con fines meramente ficticios. Los nombres, personajes, lugares y sucesos son fruto de la imaginación de la autora y cualquier parecido con personas reales, en vida o fallecidas, lugares o sucesos es pura coincidencia.

Título original: *The It Girl*

© 2022, Ruth Ware

© 2023, de la traducción por Miguel Alpuente Civera

© 2023, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: mayo de 2023

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Av. de la Riera de Cassoles, 20. 3.º B. Barcelona, 08012 (España)

www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-19620-07-1

Código IBIC: FA

DL: B 1.334-2023

Composición y diseño de interiores:

David Pablo

Impreso en mayo de 2023 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Ruth Ware

La chica perfecta

The It Girl

Traducción de Miguel Alpuente



Newton Compton Editores
Barcelona, 2023

Para Meriel, la mejor de las mejores amigas

Antes

Después, lo que recordaría sería la puerta. «Estaba abierta –repetía sin cesar a la policía–, debería haber sabido que algo iba mal».

Era capaz de recordar cada paso del camino de vuelta desde el rectorio: el sonido de la gravilla bajo sus pies al cruzar por el sendero del Patio Viejo, bajo el arco de Cherwell, y luego por el ilícito atajo a través del oscuro jardín de los profesores, sus pies ligeros sobre el césped prohibido, empapado de rocío. Oxford no necesitaba letreros de PROHIBIDO PISAR LA HIERBA; aquel césped había sido dominio exclusivo de profesores y catedráticos durante más de doscientos años sin tener que recordárselo a los estudiantes.

A continuación, por el alojamiento del director y el sendero que rodeaba el Patio Nuevo (de casi cuatrocientos años de antigüedad y, aun así, cien años más reciente que el Patio Viejo).

Y, por fin, el ascenso por la escalera VII, los cuatro tramos de peldaños de piedra desgastados hasta la última planta, donde dormían ella y April, en la parte izquierda del rellano, frente a la habitación del profesor Myers.

La puerta del profesor Myers estaba cerrada, como de costumbre. Pero la otra puerta, la suya, estaba abierta. Eso era lo último que recordaba. Debería haberse dado cuenta de que algo iba mal.

Pero no sospechó nada en absoluto.

Supo lo que había ocurrido luego, por lo que le contaron los otros. Sus gritos. Hugh corriendo por las escaleras al oírla, subiendo los peldaños de dos en dos. El cuerpo desmadejado de April sobre la alfombra de la chimenea, frente al fuego, una imagen casi teatral en las fotografías que le mostraron después.

Pero a ella le resultaba imposible recordarlo. Era como si su cerebro lo hubiera bloqueado o le denegara el acceso, como si se tratase de un fallo de memoria del ordenador –archivo dañado–, y los pacientes

interrogatorios de la policía no habían conseguido avivar en su mente el más mínimo detalle de lo ocurrido.

Solo a veces, en mitad de la noche, se despierta con una imagen frente a ella, una imagen distinta de las granulosas instantáneas del fotógrafo forense, con sus señalizadores de pruebas cuidadosamente dispuestos y la cruda iluminación de los focos. En esa imagen, la luz es tenue y las mejillas de April aún mantienen un último destello de vida. Y ella se ve a sí misma cruzando a toda prisa la habitación, tropezando con la alfombrilla y cayendo de rodillas junto al cuerpo de April, y entonces oye los gritos.

Nunca está segura de si esa imagen es un recuerdo o una pesadilla, o quizá una mezcla de ambas cosas.

Pero, sea lo que sea, April ya no está.

Después

–Diecisiete libras y noventa y ocho peniques –le dice Hannah a la mujer que tiene delante, quien asiente sin prestar verdadera atención y pone la tarjeta de crédito encima del mostrador–. ¿Es *contactless*?

La mujer no responde enseguida; está tratando de que su hija de cuatro años deje de jugar con las gomas de borrar que hay en el expositor de material de oficina, pero cuando Hannah repite la pregunta contesta:

–Ah, sí. Claro.

Hannah sostiene la tarjeta frente al datáfono hasta que se oye un pitido y luego entrega los libros por encima del mostrador junto con el recibo. *El Grúfalo, El nuevo bebé y Mamá tiene una casa en la barriga*. ¿Está en camino un hermanito o una hermanita? Consigue atraer la atención de la niña que juega con el material de oficina y le dedica una sonrisa cómplice. La cría se detiene sorprendida y, de pronto, le devuelve la sonrisa. Hannah tiene ganas de preguntarle cómo se llama, pero sabe que tal vez sería pasarse de la raya.

De modo que se vuelve de nuevo hacia la clienta.

–¿Quiere una bolsa? También tenemos estas maravillosas, que son de tela, por dos libras. –Señala detrás del mostrador hacia una pila de bolsas estampadas con el bonito logo de Tall Tales: un montón de libros en precario equilibrio que forman el nombre de la tienda.

–No, gracias –responde escuetamente la mujer. Mete los libros en su bolso bandolera y, agarrando de la mano a su hija, la arrastra hacia la salida. Mientras caminan cae al suelo una goma de borrar con forma de pingüino–. Ya está bien –la oye decir Hannah mientras cruzan las puertas de cristal victorianas y hacen sonar la campanilla–. Hoy me tienes más que harta.

Hannah las observa mientras se alejan por la calle, la niña ahora llorando colgada de la mano de su madre, y no puede evitar llevarse la mano a la barriga. Su forma dura y redonda, y extrañamente ajena, como si se hubiera tragado un balón de fútbol, tiene un efecto tranquilizante.

Los libros de la sección de crianza utilizan metáforas de comida. Un cacahuete, una ciruela, un limón. «Esto es como *La pequeña oruga glotona* de la crianza», le dijo Will, perplejo, cuando leyó el capítulo sobre el primer trimestre. Si no recuerda mal, esa semana tocaba un mango. O quizá una granada. Will le trajo un aguacate cuando llegó a las dieciséis semanas, una especie de regalo de broma para señalar el acontecimiento. Se lo llevó a la cama cortado por la mitad, junto con una cuchara. Hannah solo pudo mirarlo, con el estómago revuelto por unas náuseas matinales que supuestamente debían haber cesado para entonces, y luego apartó el plato y corrió hasta llegar al baño.

–Lo siento –le dijo a Will al volver–. Ha sido una idea muy bonita, lo que pasa es que...

No pudo acabar. De solo pensar en la fruta le volvían las náuseas. No se trataba únicamente de esa sensación de suave untuosidad en la lengua, sino que había otra cosa, algo más visceral: la idea de comerse a su propio bebé.

–¿Café? –La voz de Robyn interrumpe sus pensamientos y Hannah se vuelve hacia donde está su compañera, al otro extremo del mostrador.

–¿Cómo?

–Digo que si te apetece un café. ¿O sigues sin tomar?

–No, no, ya vuelvo a tomar, pero procuro no pasarme. Quizá un descafeinado, si te va bien.

Robyn asiente, se aleja hacia el otro extremo de la tienda y entra en el cubículo que tan glamurosamente llaman «sala de personal». Casi en el mismo momento en que desaparece de su vista, a Hannah le vibra el teléfono en el bolsillo trasero de los vaqueros.

En el trabajo lo tiene silenciado. Cathy, la dueña de Tall Tales, es amable y no les prohíbe mirar el teléfono, pero puede convertirse en una distracción si suena durante el momento del cuentacuentos o cuando se está atendiendo a un cliente.

Ahora, sin embargo, la tienda está vacía y lo saca para ver quién llama.

Es su madre.

Hannah frunce el ceño. No es normal. Jill no es de las que llama porque sí. Suelen hablar una vez por semana, por lo general los domingos por la mañana, cuando su madre ha terminado de nadar en el lago. Rara vez llama entre semana, y nunca en horas de trabajo.

Contesta.

—¿Hannah? —dice su madre de inmediato, sin preámbulos—. ¿Puedes hablar?

—Bueno, estoy trabajando, así que tendré que dejarte si entra algún cliente, pero puedo hablar si es algo rápido. ¿Ha pasado algo?

—Sí. Bueno, no...

Se interrumpe. Hannah empieza a alarmarse. Su madre, siempre eficiente y dueña de sí, no es de las que se queda sin palabras. ¿Qué puede haber ocurrido?

—¿Estás bien? No será... No estarás... enferma, ¿no?

—¡No! —Oye la breve y tranquilizadora risotada con que acompaña la palabra, pero por debajo sigue percibiéndose una extraña tensión—. No, no, nada parecido. Solo que... Bueno, deduzco que no has visto las noticias.

—¿Qué noticias? Llevo todo el día en el trabajo.

—Las noticias sobre... John Neville.

Hannah nota una desazón en el estómago.

Las náuseas han ido mejorando, poco a poco, a lo largo de las últimas semanas. Ahora, de golpe, regresan. Se tapa la boca con una mano y resuella por la nariz mientras se aferra al mostrador con la mano que tiene libre, como si pudiera servirle de ancla.

—Lo siento —dice su madre rompiendo el silencio—. No quería decirte a bocajarro en el trabajo, pero es que me apareció en las alertas de Google y me preocupaba que alguien de Pelham te llamara o que te encontraras a los periodistas en la puerta de casa. Pensé que... —La oye tragar saliva—. Pensé que sería mejor que te enteraras por mí.

—¿De qué? —La mandíbula de Hannah está tensa, como si así pudiera contener las náuseas, y se ve obligada a tragar el líquido que se le agolpa detrás de los dientes—. ¿De qué tengo que enterarme por tí?

—Está muerto.

–Ah... –El sentimiento que le asalta es de lo más extraño. Una ráfaga de alivio y luego una especie de vacío-. ¿Cómo?

–Un ataque al corazón en la cárcel –La voz de Jill es dulce, como si tratara de suavizar la noticia.

–Ah –vuelve a decir Hannah. Busca a tientas la banqueta que hay tras el mostrador, la que usan para los momentos tranquilos en los que pueden dedicarse a etiquetar los libros. Se pone la mano en el estómago, como para protegerse de un golpe que ya ha sido asestado. No le salen las palabras. Solo es capaz de repetir lo mismo–: Ah...

–¿Estás bien?

–Sí. Claro. –Su propia voz le suena plana y como si proviniera de un lugar remoto-. Sí, ¿por qué no iba a estarlo?

–Bueno... –Se da cuenta de que su madre está eligiendo las palabras con cuidado-. Es algo muy gordo. Todo un acontecimiento.

Un acontecimiento. Tal vez sea por oír esa palabra en boca de su madre justo cuando ella acababa de recordar su conversación con Will, pero lo cierto es que se ve incapaz de aguantar más. Trata de contener las ganas irrefrenables de llorar, de correr, de salir de la tienda en mitad de su turno.

–Lo siento –murmura en el auricular-. Lo siento mucho, mamá. Tengo que...

No se le ocurre nada que decir.

–Tengo un cliente –consigue decir por fin.

Cuelga. El silencio de la tienda vacía cae sobre ella.

Antes

Los espacios para aparcar en Pelham Street estaban desbordados de coches, así que la madre de Hannah se detuvo en una doble línea amarilla en High Street y Hannah se apeó con su maleta más grande, después de que su madre le prometiera que se encontrarían una vez hubiese aparcado.

Allí parada, mirando cómo se alejaba el destartado Mini, Hannah sintió algo muy extraño: como si, al bajarse del coche, su antigua identidad se hubiese desprendido como si de una segunda piel se tratara, dejando al descubierto una versión de sí misma más nítida, más fresca y menos gastada con la que encarar el mundo; una versión con la efervescencia de lo nuevo. Al volverse para mirar el escudo de armas que coronaba el arco de piedra labrada, sintió el frío viento de octubre que le revolvía el pelo y le rozaba la nuca, y se estremeció con una mezcla de nervios y emoción.

Ahí estaba. La culminación de todas sus esperanzas, sus sueños, sus proyectos de transformación tan meticulosamente planeados. El que era uno de los más antiguos y prestigiosos colegios universitarios pertenecientes a uno de los más antiguos y prestigiosos centros de enseñanza de todo el mundo: el famoso Pelham College de la Universidad de Oxford. Y el que ahora sería, también, su hogar durante los tres años siguientes.

El gran portón de roble que se alzaba ante ella estaba abierto, a diferencia del día de la entrevista. Entonces, se había visto obligada a llamar a la enrejada doble puerta medieval y a esperar mientras el conserje la escudriñaba desde dentro. Arrastró su maleta por la entrada abovedada, pasó frente a la conserjería y llegó a una carpa en la que los estudiantes veteranos distribuían carpetas con información y orientaban a los alumnos de primer año.

–Hola –dijo al acercarse, la maleta mientras raspaba contra la

gravilla del sendero—. Hola, me llamo Hannah Jones. ¿Puedes decirme dónde tengo que ir?

—¡Por supuesto!—contestó animadamente la chica que atendía detrás de la mesa. Tenía el cabello rubio brillante y un acento tan pulido como el cristal tallado—. ¡Bienvenida a Pelham! Bien, lo primero de todo es recoger las llaves y la información sobre el alojamiento en la conserjería. —Le señaló el pasillo abovedado por el que Hannah acababa de pasar—. ¿Tienes ya tu tarjeta de identificación? La necesitarás prácticamente para todo, desde pagar las comidas a sacar libros de la biblioteca.

Hannah negó con la cabeza.

—No, pero ya me he inscrito para obtenerla.

—Entonces tienes que recogerla en el Claustro II, pero eso puedes hacerlo en cualquier momento del día. Seguramente querrás ir a dejar la maleta. ¡Ah, y no te olvides de la feria y del acto de bienvenida para los estudiantes de primer año! —Le tendió un fajo de folletos y Hannah los cogió lo mejor que pudo y se los colocó bajo el brazo libre.

—Gracias —dijo Hannah. Y, como no parecía que tuviera mucho más que decir, dio media vuelta y arrastró la maleta por donde había venido, hasta la conserjería.

No había entrado en esa dependencia el día de la entrevista, pues el conserje había salido para abrirle la puerta, pero ahora pudo ver que era una pequeña habitación revestida de paneles de madera, casi como una oficina de correos, con dos ventanas que daban al césped central y al pasaje abovedado de la entrada, un mostrador y varias filas de casillas cuidadosamente marcadas con nombres. La idea de que una de ellas debía de ser la suya le produjo una curiosa sensación. Un cierto sentimiento de... pertenencia a aquel lugar.

Apoyó la maleta y esperó mientras el conserje resolvía los trámites con el chico que había llegado antes que ella, o más bien con sus padres. La madre del muchacho tenía muchas preguntas sobre el wifi y la organización para las duchas, pero por fin acabaron y Hannah se encontró de pie ante el mostrador, deseando que su madre se diera prisa y aparcara pronto el coche. Tenía la sensación de que los refuerzos le vendrían muy bien.

—Esto..., hola —dijo. Sentía mariposas en el estómago, pero intentó que no le temblara la voz. Ahora era adulta, una estudiante de Pelham.

Estaba allí por derecho propio y no tenía por qué estar nerviosa—. Me llamo Hannah. Hannah Jones. ¿Puede decirme dónde tengo que ir?

—Hannah Jones... —El conserje era un hombre rollizo de expresión burlona, con una suave barba blanca y un aire como de Papá Noel fuera de servicio. Se colocó unos lentes sobre la nariz y empezó a consultar una larga lista de nombres—. Hannah Jones... Hannah Jones... Ah, sí, aquí estás. En el Patio Nuevo, escalera siete, habitación cinco. Mira qué bien: una doble. Muy bonita.

¿Una doble? Hannah no sabía si se esperaba que supiera lo que quería decir, pero el conserje seguía hablando y su oportunidad para preguntar había pasado.

—Bien. Tienes que cruzar por aquel arco. —Señaló a través de la ventana con parteluz, hacia un arco alto situado al otro extremo del aterciopelado cuadrado de césped—. Después, a la izquierda por el jardín de los profesores, y cuidado con pisar la hierba. Dejas atrás el alojamiento del director y encontrarás la escalera siete al otro lado del Patio Nuevo. Aquí tienes un mapa. Gratis para ti, querida.

Dejó caer un folleto plegado de papel satinado sobre la madera del mostrador.

—Gracias —dijo Hannah. Cogió el plano, se lo metió en el bolsillo de los vaqueros y de pronto recordó—: Ah, quizá mi madre no tarde en aparecer. Ha ido a aparcar. ¿Puede decirle dónde estoy cuando venga?

—La madre de Hannah Jones —dijo el conserje adoptando un aire pensativo—. Sí. Puedo, puedo hacerlo. ¡John! —le gritó por encima del hombro a un hombre que estaba tras él, ordenando el correo—. Si estoy comiendo y viene la madre de Hannah Jones, la joven está en el siete, cinco, Patio Nuevo.

—Oído —dijo el hombre, y se giró para mirar a Hannah. Era un tipo grande, probablemente de más de uno ochenta de estatura, y más joven que su colega, con el cabello oscuro y una cara pálida y sudorosa, aunque su tarea ni mucho menos requería esfuerzo físico. Había una extraña descompensación entre su voz, débil y atiplada, y el resto de su cuerpo, y ese contraste hizo que a Hannah casi se le escapara una risita nerviosa.

—De acuerdo, gracias —dijo Hannah, y dio media vuelta para irse. Ya estaba casi en la puerta cuando el segundo hombre gritó a su espalda, con voz áspera y ligeramente acusatoria.

–¡Para el carro, jovencita!

Hannah se volvió con el corazón acelerado, como si hubiera hecho algo malo.

Moviéndose pesadamente, el hombre salió de detrás del mostrador y se paró frente a ella. Llevaba algo en la mano y alargó el brazo para dárselo, balanceándolo como si fuera un trofeo.

Era un juego de llaves.

–Oh. –Hannah se sintió estúpida. Soltó una breve risa–. Gracias.

Alargó la mano, pero el hombre no soltó las llaves de inmediato. Se quedó allí quieto, balanceando las llaves sobre la palma de Hannah. Entonces abrió la mano y las dejó caer. Ella se las metió en el bolsillo y se alejó.

El rótulo pintado sobre las escaleras indicaba «VII». Hannah, tras haber mirado primero el plano que sostenía en la mano y luego los peldaños de piedra que tenía ante ella, supuso que aquel era el lugar correcto. Echó un vistazo atrás, no exactamente porque dudara del mapa, sino por el placer de empaparse de aquel escenario: el cuadrado de césped bien cortado y de un verde impecable, la piedra color miel, las ventanas con parteluz. Con aquel sol radiante y las nubes otoñales como blancas fumaradas en el cielo, la vista poseía una belleza casi irreal, y Hannah tuvo la extraña sensación de haberse colado entre las páginas de alguno de los libros que llevaba en la maleta: quizá *Retorno a Brideshead*, *Los secretos de Oxford* o *La materia oscura*. Un mundo de cuento.

Cruzó sonriente el arco de entrada de la escalera siete con la maleta a rastras, pero subir con aquella carga no resultaba fácil y la sonrisa ya se le había borrado nada más llegar al primer rellano. Cuando llegó al segundo, estaba acalorada y sin aliento, y la impresión de estar en un cuento de hadas se iba desvaneciendo a ritmo vertiginoso.

En un pequeño y esmerado rótulo en la puerta izquierda se leía: 4 – H. CLAYTON. Enfrente: 3 – P. BURNES-WALLACE. La puerta del medio estaba entreabierta y, mientras Hannah recuperaba el aliento, se abrió y reveló una cocina diminuta en la que había dos jóvenes, uno inclinado sobre un hornillo eléctrico y el otro sosteniendo una taza de té y observándola con una expresión que, aunque probablemente era tan solo de curiosidad, resultaba un tanto hostil.

–Ho-hola –dijo Hannah con timidez, pero el joven se limitó a asentir, rodeó a Hannah y se dirigió a la puerta con el rótulo P. BURNES-WALLACE. ¿Qué había dicho el conserje? ¿Habitación 5? Entonces todavía le quedaba otro piso.

Apretando los dientes, Hannah tiró de la maleta y subió el tramo final hasta el último piso, en el que había dos puertas encaradas y una de ellas entreabierta. En la de la derecha, que estaba cerrada, se leía: 6 – DR. MYERS. Por eliminación, la puerta abierta debía de ser la suya, así que Hannah cruzó el umbral.

–Hola... –La chica despatarrada en el sofá apenas levantó la vista del teléfono al entrar Hannah. Su vestido, corto y de bordado inglés, dejaba ver unas piernas largas y bronceadas que se curvaban sobre el brazo del asiento. Una sandalia le colgaba de uno de los pies, cuyos dedos revelaban una cuidada pedicura. Por el movimiento deslizante de la mano sobre el teléfono, parecía estar revisando algún tipo de aplicación de fotografías–. Tú debes de ser Hannah.

–Sí, lo... ¿lo soy? –dijo Hannah en tono dubitativo, acabando en una entonación ascendente con la que parecía estar preguntando, aunque no fuera esa su intención. Echó un vistazo a la habitación. Aparentemente, se trataba de una sala de estar, aunque había un montón de maletas apiladas junto a la puerta, las más lujosas que Hannah había visto nunca. También había sombrereras, bolsas para colgar ropa, una bolsa enorme llena de cojines de terciopelo y lo que parecía un baúl Louis Vuitton auténtico, con una gigantesca cerradura metálica. La pila empequeñecía su propio equipaje, muy modesto, incluso si teníamos en cuenta la maleta que su madre todavía debía traer del coche–. ¿Y tú eres...?

–April. –La joven dejó el teléfono y se puso de pie. Era de estatura mediana y delgada, con unos cabellos cortos de color miel que le enmarcaban la cara y unas cejas finamente arqueadas que le daban un aire entre divertido y desdeñoso. Había en ella algo como de otro mundo, alguna cualidad indefinible que Hannah no era capaz de precisar. Tenía casi la impresión de haberla visto en otro sitio... o en una película. Poseía el tipo de belleza que hacía daño a la vista si se la miraba durante demasiado rato, pero de la que resultaba difícil apartar los ojos. Era, advirtió Hannah, como si estuviera iluminada con una luz diferente a la del resto de la habitación.

–April Clarke-Cliveden –añadió solícita la muchacha cuando Hannah no respondió de inmediato, como si aquel nombre hubiera de significar algo.

–Pero yo creía que... –comenzó Hannah, y dejó la frase inacabada al tiempo que volvía a mirar indecisa los nombres de la puerta. No cabía duda, era allí: 5 – H. JONES. Y luego, debajo: A. CLARKE-CLIVEDEN. Hannah frunció el ceño.

–¿Somos... compañeras de habitación?

Parecía difícil que así fuera. Uno de los puntos en los que hacía hincapié el folleto de Pelham era la casi total ausencia de alojamientos compartidos. No había habitaciones dobles, ni siquiera apartamentos, hasta el segundo año. Muchos baños compartidos, eso sí, a menos que estuvieras en el ala más moderna, pero en lo que concernía a dormir, según el prospecto, podía deducirse que cada estudiante disponía de un espacio propio.

–Más o menos –dijo April. Bostezó como una gata y se desmereció de forma desmesurada–. Quiero decir que no compartimos dormitorio, eso no lo hubiera aceptado de ninguna manera, solo una sala de estar. –Señaló con un amplio gesto aquel reducido espacio, y eso a Hannah la hizo sentir como si April fuera la gentil anfitriona y ella la intrusa. Ese pensamiento la molestó un poco, pero no dejó entrever nada y contempló la habitación. Aparte de las maletas de April, no había más que algunos muebles de aspecto prosaico, un sofá bastante raído, una mesa baja y un aparador, pero era un lugar limpio y luminoso y disponía de una hermosa chimenea de piedra–. Es agradable tener un sitio donde pasar el rato, ¿verdad? Tu habitación está ahí. –Señaló una puerta situada a la derecha de la ventana–. La mía es la puerta de enfrente. Me temo que he elegido la más grande. Ya sabes, el que primero llega se la queda.

Le guiñó el ojo y, al hacerlo, se le formó un hoyuelo terso y profundo en la mejilla.

–Me parece bien –dijo Hannah. De nada servía discutir. Según parecía, la chica ya había deshecho su equipaje. Así que se limitó a arrastrar su maleta, cuyas ruedas iban formando pliegues en la alfombra, en dirección a la puerta que le había indicado su nueva compañera.

A juzgar por los comentarios de April, esperaba encontrar un espacio pequeño, incluso diminuto, pero era más grande que la habitación

de su casa, y tenía otra chimenea de piedra labrada y una ventana con parteluz y vidrio emplomado, de modo que la luz formaba motivos diamantinos al iluminar los pulidos tablonos de roble.

—Vaya, esto es genial —dijo, y en el acto deseó haberse mordido la lengua por parecer tan claramente impresionada, vista la sofisticación que transmitía su compañera de habitación.

Nada le impedía, sin embargo, admitir el hecho para sí misma: la habitación era, sin duda, genial. ¿Cuántos estudiantes habrían pasado por aquella habitación en los más de cuatrocientos años que llevaba construida? ¿Habrían llegado a ser lores y políticos, ganadores del Premio Nobel o escritores? Daba un poco de vértigo, como si observaras por el extremo equivocado de un telescopio, con la salvedad de que, en lugar de algún objeto exterior, lo que aparecía al otro lado del tubo era ella misma, infinitamente pequeña.

—Sí. No está mal, ¿verdad? —dijo April. Se acercó, apoyó una mano en la jamba de la puerta y la otra en su arqueada cadera. Bajo la luz del atardecer que atravesaba su fino vestido blanco, delineando la silueta y transformando sus cabellos de hada en un halo pálido, parecía una imagen sacada de un cartel de película.

—¿Cómo es la tuya? —preguntó Hannah.

April se encogió de hombros.

—Bastante parecida. ¿Quieres echar un vistazo?

—Claro.

Hannah dejó la maleta en el suelo y siguió a April por la sala de estar hasta la puerta de enfrente.

Dentro, su primera impresión fue que no era en absoluto «bastante parecida». Aparte de ser algo más grande, lo único que tenían igual era el armazón metálico de la cama y la chimenea. Todo el resto del mobiliario era diferente, desde las alfombras kílím hasta la moderna y ergonómica silla del escritorio o el sofá biplaza del rincón, cuyo tapizado era espléndido.

Un hombre de elevada estatura, fornido y vestido de traje, estaba desempaquetando ropa y guardándola en un armario alto. No levantó la vista cuando entraron.

—Hola —saludó educadamente Hannah. Procuró adoptar el tono de rigor para conocer a los padres ajenos—. Usted debe de ser el padre de April. Soy Hannah.

April soltó una risotada al oírla.

–¡Ja! Debes de estar de broma. Este es Harry. Trabaja para mis padres.

–Encantado de conocerla –dijo el hombre por encima del hombro, tras lo cual cerró el último cajón y se dio la vuelta–. Creo que ya está todo, April. ¿Te puedo ayudar con algo más?

–No. Está bien así, Harry.

–Me llevaré las cajas. ¿Quieres que deje el baúl?

–No, mejor no. No habría sitio donde meterlo.

–Muy bien –dijo Harry–. Pásalo bien. En el alféizar hay un pequeño regalo de despedida de tu padre. Un placer conocerte, Hannah –dijo, y dio media vuelta, cogió un montón de bolsas y cajas vacías que había junto a la puerta y se fue. Cuando la cerró, April se sacudió los zapatos y se arrojó sobre la cama recién hecha, hundiéndose en el suave edredón de plumas.

–Por fin llegó. La vida real.

–La vida real –repitió Hannah. Pero no era verdad. Nunca se había sentido más irreal que estando allí sentada, en un centro de enseñanza con varios siglos de antigüedad, rodeada por las bellas y lujosas pertenencias de April, respirando la intensa, extraña fragancia de algún costoso perfume. Pensó en su madre, que aún debía de estar dando vueltas por Oxford en busca de aparcamiento, y se preguntó qué pensaría de todo aquello.

–Será mejor que mire lo que me ha dejado –dijo April–. La caja no es de Tiffany, así que ya empezamos mal.

Dio una sacudida con las piernas para salir de la cama y se acercó a la ventana, en cuyo alféizar de piedra había una alta caja de regalo. Una tarjeta sobresalía por un hueco en la parte de arriba.

–«Empieza tu vida en Oxford como es debido. Con amor, papá». Bueno, al menos la ha escrito él mismo. Algo hemos ganado desde la tarjeta de mi cumpleaños, que tenía la letra de su secretaria.

Hundiendo los dedos bajo la tapa, abrió la caja y entonces empezó a reírse.

–Oh, vaya, justo cuando creo que se ha olvidado de cómo es su hija, él va y me demuestra que estoy equivocada. –Sacó una botella de champán y dos copas–. ¿Bebes, Hannah Jones?

–Claro –dijo Hannah, pero lo cierto era que no le gustaba el champán. Las pocas veces que lo había tomado, en bodas y en el cincuenta cumpleaños de su madre, le había dado dolor de cabeza. Pero por nada del mundo iba a rechazar una ocasión tan perfecta... Quizá a la Hannah de Dodsworth no le gustara el champán, pero la Hannah de Pelham College era diferente.

Observó cómo April descorchaba la botella con mano experta y servía dos copas llenas de espuma.

–En fin, no está frío, pero al menos es Dom Pérignon –dijo April pasándole una copa–. ¿Por qué podemos brindar? ¿Qué te parece... por Oxford? –Y alzó su copa.

–Por Oxford –repitió Hannah. Chocó su copa contra la de April y se la llevó a los labios. Notó la tibieza y la efervescencia del líquido en la boca, las burbujas que se expandían en la lengua y el alcohol que le hacía cosquillas al fondo de la nariz y en la garganta. Empezó a sentir un leve mareo, aunque no habría sabido decir si eso se debía al champán, a que ella y su madre se habían saltado la comida por estar en la carretera o simplemente a lo especial de aquel momento–. Y por Pelham.

–Y por nosotras –añadió April. Echó la cabeza atrás y vació la copa en cuatro largos tragos. Volvió a llenarla, miró a Hannah y sonrió, con una amplia y pícara sonrisa que hizo aparecer aquel hoyuelo profundo y seductor en las suaves mejillas–. Sí, esta va por nosotras, Hannah Jones. Me parece que vamos a pasárnoslo en grande aquí, ¿no crees?

Después

Cuando Hannah cuelga el teléfono, siente cómo el silencio de la tienda se cierra en torno a ella, envolviéndola como el capullo de una mariposa. Nunca se lo diría a Cathy, pero esos son los momentos por los que decidió trabajar en Tall Tales. No por el bullicio de los sábados, ni por la avalancha de turistas en el festival de agosto, sino por los instantes de sosiego de los días entre semana, cuando puede estar, no exactamente sola –porque nunca estás sola en una habitación en la que hay miles de libros–, pero sí sola con los libros.

Agatha Christie. Las hermanas Brontë. Dorothy L. Sayers. Nancy Mitford. Charles Dickens. Esas son las personas que la hicieron seguir adelante durante los años posteriores a la muerte de April. Escapó a las miradas y la compasión de la vida real, a la aterradora imprevisibilidad de internet, a los horrores de una realidad en la que, en cualquier momento, puede acosarte un reportero o cualquier curioso, o la muerte de tu mejor amiga, y se refugió en un mundo en el que todo estaba en orden. En los libros, algo malo podía ocurrir en la página doscientos siete, eso era verdad. Pero siempre ocurriría en la página doscientos siete, con independencia de todo lo demás. De modo que, al releer, una ya lo ve venir, está atenta a las señales, se prepara.

Ahora escucha la lluvia de Edimburgo, repiqueteando suavemente en la ventana-mirador que tiene a su espalda, el crujido de los viejos tablones a medida que se van calentando los tubos de la calefacción. Percibe la silenciosa solidaridad de los libros. Durante un instante, siente el deseo visceral de coger alguno, quizá uno de sus favoritos de siempre, una novela que se sepa casi de memoria, y de hundirse en la pila de pufs de la sección infantil, aislada del mundo exterior.

Pero no puede. Está trabajando. Y, además, no está sola. No realmente. En ese momento está viendo a Robyn, que vuelve cruzando

el laberinto de pequeñas salas victorianas que componen Tall Tales, todas ellas atiborradas de mesas y cubetas expositoras.

–¡Bip, bip! ¡Robyn Grant, la increíble encargada del té, se acerca! –dice al llegar a la parte delantera de la tienda. Golpea alegremente con las dos tazas en el mostrador y el líquido caliente se derrama peligrosamente cerca del expositor de tarjetas–. El que lleva la cuchara es el tuyo. ¿Estás...? –Levanta la vista y al ver a Hannah se interrumpe, desconcertada por la expresión de su rostro–. Eh, ¿estás bien? Tienes una cara bastante rara.

A Hannah se le cae el alma a los pies. ¿Tanto se nota?

–No..., no estoy segura –dice despacio–. He recibido una noticia preocupante.

–Vaya por Dios. –Robyn se lleva la mano a la garganta y los ojos se le van involuntariamente al vientre de Hannah y luego de nuevo a su cara–. No será...

–¡No! –se apresura a decir Hannah. Trata de sonreír, aunque siente que lo hace de manera rígida y artificial–. No es nada de eso. Son solo... asuntos familiares.

Es lo más cercano a la verdad que se le ocurre, así, sin pensar, pero en cuanto acaba de decirlo piensa que ojalá no lo hubiera dicho. John Neville no es de la familia. De ningún modo lo quiere cerca de su familia, ni a él ni a su recuerdo.

–¿Quieres irte? –dice Robyn. Mira el reloj y luego a la tienda vacía–. Son casi las cinco. No creo que tengamos ya demasiado ajeteo. Puedo ocuparme de lo que venga.

–No –dice Hannah tras meditarlo. ¿Por qué tendría que irse? Después de todo, nada ha cambiado. Nada. Pero, al mismo tiempo, la idea de quedarse allí, sonriendo a los clientes como si tal cosa, con los recuerdos bullendo y revolviéndose en su cabeza...

–Vete –dice Robyn, la decisión ya tomada–. De verdad, tú solo vete. Ya se lo explicaré yo a Cathy si viene, aunque no creo que le importe.

–¿De verdad? –pregunta Hannah, y Robyn asiente con firmeza. Hannah se levanta y coge el teléfono, sintiendo una oleada de culpabilidad y de gratitud. A veces Robyn le resulta irritante, con ese entusiasmo infatigable tan propio de las chicas *scout*, con su costumbre de decirles a los clientes «¡No, que tenga usted muy buen día!»

una y otra vez. Pero ahora hay algo inmensamente reconfortante en su siempre firme e imperturbable bondad.

–Muchas gracias, Robyn. Te devolveré el favor. Te lo prometo.

–Ey, no tienes que agradecerme nada –contesta Robyn. Sonríe y le da a Hannah una palmadita en el brazo, pero esta puede ver la preocupación en sus ojos por debajo de la amigable sonrisa, y siente la mirada de Robyn sobre ella mientras camina despacio hacia la sala de personal para recoger sus cosas.

Cuando sale de la tienda ya ha dejado de llover y hace una tarde otoñal, húmeda y despejada, tan similar al día en que llegó a Pelham que, por un instante, los vínculos con el pasado parecen horriblemente reales. Cuando se detiene en un semáforo, esperando a que se ilumine el hombrecillo verde, la invade una sensación de lo más extraña, como si en cualquier momento fuera a ver a April caminando despreocupadamente entre la multitud, con esa sonrisa burlona e indolente y los profundos hoyuelos apareciendo y desapareciendo en las mejillas. Durante un segundo, Hannah tiene que apoyarse en una farola; el pasado es tan real, parece tan cercano... Siente con irrefrenable ansia la necesidad de que sea verdad, de que aquella chica alta y rubia que se apresura entre la multitud con el sol a su espalda sea April: brillante, hermosa, viva. ¿Cómo la saludaría? ¿Le daría un abrazo? ¿Una bofetada? ¿Lloraría?

Hannah no lo sabe. Tal vez haría todas esas cosas.

Atraviesa la multitud de turistas de camino a la parada de autobús para coger el habitual número 24 hacia Stockbridge, ansiosa por llegar a casa con tiempo de prepararse la cena, poner en alto sus pies cada día más cansados, ver algún programa basura en la televisión.

Pero a medida que se acerca a la parada y ve que no afloja el paso, se da cuenta de que no va a detenerse, de que la idea de pasar veinte minutos atrapada en un autobús sofocante en medio del congestionado tráfico urbano la horroriza. Necesita caminar. Solo sintiendo las aceras bajo sus pies podrá capear esa sensación de inquietud, ordenar sus pensamientos antes de enfrentarse a Will. Y, además, ¿qué va a encontrarse en casa, salvo un piso vacío y un ordenador que la aguarda, con toda la enfermiza fascinación de las búsquedas en Google que sabe que llevará a cabo en cuanto cruce la puerta?

Por ahora, sin embargo, solo se permitirá efectuar una, solo para que sea algo real, como cuando no acababa de creerse que el niño que llevaba en su vientre era real y tuvo que ver las imágenes en la pantalla, oír los latidos, el eco extraño y subterráneo de su corazón.

Se detiene bajo la sombra del castillo, en un portal, y saca el teléfono. Abre una ventana de incógnito en el navegador y teclea las palabras en Google: «John Neville noticias BBC». No necesita la última parte, pero ha aprendido a protegerse evitando la búsqueda directa de su nombre en los navegadores, porque las páginas que salen están llenas de imágenes burdas, de especulaciones descabelladas, de afirmaciones difamatorias sobre ella y Will contra las que no tiene ni tiempo ni recursos para luchar.

Al menos, una puede confiar en que la BBC se ceñirá sobre todo a los hechos.

Y ahí está: el primer resultado.

ÚLTIMA HORA: EL ASESINO DEL PELHAM COLLEGE, JOHN NEVILLE, MUERE EN PRISIÓN

La impresión es como si le hubieran echado agua helada en la piel, pero se arma de valor y hace clic en la noticia.

John Neville, más conocido como el Estrangulador de Pelham, ha muerto en prisión a la edad de 63 años, según confirmaron hoy las autoridades del centro penitenciario.

Neville, que fue condenado en 2012 por el asesinato de April Clarke-Cliveden, estudiante de Pelham, murió a primeras horas de la madrugada del día de hoy. Un portavoz de la prisión comunicó que había sufrido un infarto agudo de miocardio y que llegó sin vida al Hospital de Mersey.

El abogado de Neville, Clive Merritt, afirmó que su cliente estaba preparando una nueva apelación cuando falleció. «Se fue a la tumba proclamando su inocencia –declaró Merritt a la BBC–. Constituye una enorme injusticia que la oportunidad de anular su condena muera con él».

La familia Clarke-Cliveden no ha querido realizar ninguna declaración.

Las manos de Hannah están temblando. Hace tanto tiempo que no busca deliberadamente noticias de Neville que ya había olvidado

cómo es enfrentarse a su nombre, a los recuerdos de April y, lo peor de todo, a las fotografías de ambos. De Neville hay muy pocas: la más usada es su identificación universitaria, una imagen amenazadora como la de una foto policial en la que mira implacablemente al espectador atravesando la pantalla, una mirada tan directa que incomoda a quien observa. La impresión de ver su rostro ya es suficientemente fuerte, pero lo que Hannah odia de verdad son las fotos de April: gráciles imágenes de las redes sociales en las que aparece tumbada en bateas, acomodada entre otros estudiantes con las caras pixeladas para proteger una privacidad que a ella le arrancaron hace ya mucho tiempo. Lo peor de todo son las fotografías de su cadáver.

Se supone que esas imágenes no debían haber salido a la luz, pero por supuesto lo han hecho. En internet se puede encontrar absolutamente todo y, antes de que Hannah aprendiera que no debía buscar más, mucho antes de que supiera cómo navegar en modo incógnito, el algoritmo de Google ya la había identificado como alguien interesado en el Estrangulador de Pelham y le ofrecía ciberanzuelos sobre el tema con odiosa regularidad.

«¿Te gusta este contenido?», le preguntaba reiteradamente el teléfono, y tras hacer clic en el «no» infinidad de veces, golpeando en la pantalla con tanta fuerza que sus dedos temblorosos seguían resintiéndose del impacto mucho después de haber guardado el móvil, este finalmente captó el mensaje y dejó de enviarle los enlaces. Pero en ocasiones aún se sigue colando alguno, suscitado por alguna indescifrable particularidad interna en los procesos algorítmicos de Google para las noticias, y al encender el teléfono se encuentra a April sonriéndole, con esa mirada clara y directa que se le sigue clavando en el corazón, pese a los diez años transcurridos. Y de vez en cuando alguien da con su rastro y le aparece un correo electrónico, no deseado, en la bandeja de entrada. «¿Eres la Hannah Jones relacionada con el asesinato de April Clarke-Cliveden? Estoy escribiendo un reportaje / un trabajo para la universidad / un perfil psicológico / un artículo sobre la apelación de John Neville».

Al principio contestaba enfadada, empleando palabras como «morboso» y «carroñero». Después, cuando vio que con ello solo lograba que siguieran intentándolo o que incluyeran sus furibundos correos en los artículos como si fueran citas de sus declaraciones,

cambió de táctica. «No. Me llamo Hannah de Chastaigne. No puedo ayudarle.»

Sin embargo, también eso era un error. No solo porque le parecía estar traicionando a April, sino porque si los investigadores habían llegado tan lejos, tanto que incluso habían descubierto su dirección de correo electrónico, era porque lo sabían. Sabían quién era Will y sabían quién era ella, y el hecho de que hubiera adoptado el apellido de Will al casarse no servía en absoluto para ocultar su rastro.

—¿Por qué no los ignoras sin más? —le preguntó Will, extrañado, cuando ella se lo contó—. Es lo que hago yo.

Y, por supuesto, tenía razón. Ahora se limita a no responder. Aun así, no se decide a borrar los mensajes. De modo que siguen allí, en una carpeta especial bien enterrada en el fondo de su bandeja de entrada a la que ha llamado «Peticiónnes». A secas. Y algún día, no deja de prometerse a sí misma, cuando todo haya acabado, borrará todo su contenido.

Pero ese día nunca acaba de llegar.

Ahora se pregunta si alguna vez lo hará.

Está a punto de apagar la pantalla cuando ve, por primera vez, la fotografía con que se acompaña el artículo. No es de April. Es de Neville. Pero es una imagen que no ha visto nunca: no es el rostro anguloso de la tarjeta universitaria que tan bien conoce, ni la foto robada por un *paparazzi* en la que les dedica una peineta a los reporteros congregados fuera del tribunal. No, esta debe de haberse tomado mucho después, en una de sus numerosas apelaciones, probablemente de las más recientes. Parece viejo, o incluso más que eso: parece frágil. Ha perdido peso y, aunque no es posible que hubiera perdido estatura, se parece tan poco a la altísima figura que Hannah recuerda que resulta difícil creer que sea la misma persona. El uniforme de la prisión parece colgar de su cuerpo demacrado, y mira a la cámara con tal expresión de angustia y tormento que parece succionar al observador al interior de su pesadilla.

—Perdone. —El tono cortante proviene de detrás; se sobresalta y se da cuenta de que se ha parado en medio del paso subterráneo y una mujer está intentando pasar.

—Lo... lo siento —tartamudea al tiempo que apaga el teléfono con manos no demasiado firmes y se lo mete en el bolsillo, como si

hubiera quedado contaminado por la fotografía de la pantalla—. Lo siento.

La mujer la adelanta negando con la cabeza y Hannah se dirige a casa. Pero cuando sale del oscuro paso subterráneo a la luz otoñal todavía los siente en su interior, todavía siente sus ojos en ella, esa mirada lúgubre y acosada, como si le suplicara algo, no sabe qué.

Ya ha oscurecido cuando por fin Hannah dobla por Stockbridge Mews, con los pies doloridos de tanto caminar, y tiene que rebuscar en el bolso para encontrar las llaves, mientras despotrica por el hecho de que nadie haya cambiado la bombilla fundida de la puerta de entrada comunitaria.

Pero al fin está dentro, ha subido las escaleras y tiene a su espalda la puerta de su piso, que acaba de cerrar.

Permanece allí un buen rato, con la espalda contra la puerta, sintiendo cómo la envuelve el silencio del piso. Ha llegado a casa antes que Will y se alegra, se alegra de tener aquel instante y poder simplemente quedarse allí, en el ambiente silencioso y acogedor de su pequeño piso, dejándose impregnar por él.

Debería poner en marcha la tetera, quitarse los zapatos, encender las luces. Pero no hace ninguna de esas cosas. Tan solo cruza la sala de estar, se desploma en un sillón y se queda allí sentada, tratando de asimilar lo que acaba de suceder.

Sigue en el mismo sitio cuando oye que la motocicleta de Will se detiene fuera, con un rugido bronco que reverbera en las otras casas de la estrecha callejuela. Se apaga el motor y, unos instantes después, oye la llave en la cerradura de abajo y el ruido de sus pasos subiendo.

Cuando abre la puerta del piso, Hannah es consciente de que debería levantarse, decir algo, pero no puede. No tiene la energía para hacerlo.

Lo oye dejar la bolsa en el mueble del recibidor, acercarse por el pasillo susurrando entre dientes alguna bobalicona canción pop, encender las luces... y luego detenerse.

—¿Hannah?

Está de pie frente a ella, parpadeando, tratando de comprender qué hace ahí sola, en la oscuridad.

–¡Han! ¿Qué estás...? ¿Va todo bien?

Hannah traga saliva e intenta buscar las palabras, pero lo único que sale de su boca es un tembloroso «no».

La expresión de Will cambia al oírlo. Se arrodilla ante ella, un miedo súbito en su cara, las manos en las de ella, atrayéndola hacia sí.

–Han, no será... No es... ¿Ha pasado algo? ¿Es el bebé?

–¡No! –La palabra brota rápidamente esta vez, al darse cuenta de por qué él se ha preocupado–. Dios mío, no, no es nada de eso. –Traga saliva y se obliga a hablar–. Will, es..., es John Neville. Ha muerto.

No era su intención que sonara tan brutal, más incluso que la manera en que se lo dijo su madre, pero está demasiado trastornada y hundida para pensar en un modo mejor de dar la noticia.

Will no dice nada. Solo deja caer las manos y, por un segundo, su rostro muestra una expresión desamparada, una vulnerabilidad desgarradora que enseguida se convierte en hermetismo. Se levanta, se acerca a la ventana-mirador y se apoya en las contraventanas, con la vista fija en la oscuridad de la callejuela. Hannah solo ve su perfil, pálido en contraste con el pelo oscuro y la negrura del cristal que tiene tras él.

Siempre le ha costado saber qué piensa en momentos como aquel; es generoso en la alegría, pero cuando lo pasa mal o tiene miedo se lo guarda para sí, como si no pudiera soportar que lo vieran sufrir. La herencia, supone ella, de su padre militar y de haberse educado en un internado en el que mostrar las emociones era «cosa de maricas y llorones». Si no fuera por esa fracción de segundo en la que ha bajado la guardia, habría creído que no había oído lo que acababa de decir. Ahora no está segura de lo que ronda por debajo de su silencio, detrás de la máscara educada y neutra de su rostro.

–¿Will? –habla por fin–. Di algo.

Él se vuelve y la mira, como si regresara de un lugar remoto.

–Bien.

Es solo una palabra, pero en su voz se percibe una brutalidad que ella nunca ha oído hasta entonces, y eso la sacude por dentro.

–Y entonces –dice–, ¿qué hay para cenar?

Antes

–Oh, Dios mío.

April lo dijo alargando teatralmente las sílabas, «con algo más que una ligera similitud con Janice de *Friends*», pensó Hannah mientras la seguía por el estrecho pasillo, entre las largas mesas que se extendían en toda la longitud de la estancia. Era la primera vez que ponía el pie en el gran refectorio como verdadera estudiante de Pelham, y sintió un estremecimiento de asombro al ver las antiguas vigas a gran altura sobre su cabeza y las paredes con oscuros paneles de roble, salpicadas con pinturas al óleo de los anteriores directores. Aquel escenario la habría abrumado en otras circunstancias, pero resultaba difícil sentirse intimidada teniendo a April al lado, echando pestes por las pocas opciones del menú y por la mala acústica. April dejó su bandeja en una de las largas y abarrotadas mesas del refectorio y apoyó las manos en las caderas.

–¿Pero qué ven mis ojos? ¡Si es el mismísimo Will de Chastaigne!

Uno de los estudiantes sentados en el largo banco de roble giró la cabeza y el oscuro cabello le cayó sobre los ojos. Hannah sintió que le daba un vuelco el corazón. El vaso de agua de su bandeja resbaló unos centímetros hacia la izquierda y hubo de recolocararlo a toda prisa.

–¡April! –El muchacho se levantó, pasó con facilidad una pierna sobre el banco y ambos jóvenes se fundieron en una especie de mitad abrazo, mitad beso tan ajeno a las costumbres de Dodsworth que, más que nunca, Hannah se sintió como si hubiera aterrizado en otro planeta–. ¡Cuánto me alegro de verte! No tenía ni idea de que venías a Pelham.

–Bueno, ya sabes cómo es Liv. ¡No le cuenta nada a nadie! ¿Cómo está? No la he visto desde los exámenes.

–Bueno... –En la bronceada tez del muchacho apareció un súbito rubor, una franja colorada que le tiñó los pómulos–. Nosotros... En fin, que hemos roto. Culpa mía, a decir verdad. Lo siento.

–No te disculpes –ronroneó April. Subió la mano por el brazo del joven y le apretó el bíceps, un gesto de coquetería que casi cruzaba los límites de lo apropiado–. Otro hombre disponible en el mercado no es algo de lo que lamentarse.

A su espalda, Hannah se rebulló. La bandeja que sostenía le iba pesando ya demasiado y los brazos empezaban a dolerle. April debió de oír el movimiento porque, con gesto un poco teatral, se giró a mirarla dos veces seguidas, como si fuera la primera vez que se acordaba de su presencia desde que había empezado a hablar con Will.

–Dios mío, pero dónde están mis modales. Will, esta es Hannah Jones, mi compañera de habitación. Estudia Literatura Inglesa. Tenemos una *suite*, imagínate, así que intuyo que vamos a dar todas las fiestas de este trimestre. Hannah, este es Will de Chastaigne. Fui al instituto con su ex. Nuestros internados estaban... ¿Cómo dirías? –Se volvió hacia Will–. ¿Hermanados?

–Algo así.

Una sonrisa arrugó la piel morena de Will, junto a la comisura de los labios. Hannah se encontró mirándolo: los ojos marrones claro, las cejas oscuras y una nariz que claramente se había roto en algún momento, y quizá más de una vez. Sintió la boca seca y tragó saliva, buscando algo que decir, pero Will le ahorró el trabajo y rompió el silencio.

–Fui a Carne. Todo chicos, así que para los actos sociales nos emparejaban con el instituto de April, para tratar de impedir que llegáramos a la universidad sin haber conocido a alguna mujer de carne y hueso.

–Ese peligro no existía contigo, cariño –dijo April. Tomó un sorbo del batido de chocolate que tenía en la bandeja y luego se deslizó por el banco hasta colocarse junto a Will, sin molestarse en preguntar si podía hacerlo. Este se sentó de nuevo, a su lado.

–La verdad es que yo estaba sentado en ese sitio –le dijo a April, aunque en tono desenfadado, no como si esperara que ella se moviera. Hannah, que seguía de pie, dudó. Había un sitio al otro lado, pero solo uno, y quizá Will lo reservaba para algún amigo que había de llegar. Miró a April en busca de alguna pista, pero estaba tecleando sin cesar en el teléfono.

Hannah se mordió el labio, empezó a darse la vuelta y entonces Will habló.

–Eh, no te vayas. Haremos sitio.

De nuevo le dio un brinco el corazón. Sonrió, intentando no mostrarse tan agradecida como para parecer patética, mientras Will ponía su bolsa en el suelo y le daba unos empujoncitos a su vecino para que se desplazara un poco y hacer espacio.

–Mira, siéntate ahí. –Le indicó el hueco del otro lado–. Hugh puede apretarse junto a mí y April.

–¿Has dicho... Hugh? –La cabeza de April se levantó del teléfono al oír el nombre. Su rostro tenía una expresión extraña, de sorpresa, incluso de alegría, pero mezclada con una especie de picardía cuya razón Hannah no acertaba a adivinar–. ¿Hugh Bland?

–El mismo. ¿No sabías que había solicitado plaza aquí?

–Sabía que intentaba entrar en Oxford, pero no tenía ni idea de que había elegido Pelham –respondió April. Bajó el teléfono y en sus labios apareció una sonrisa en el mismo instante en que un chico alto y pálido, con unas gafas de pesada montura tipo Stephen Hawking, se acercaba a la mesa–. Bueno, bueno, bueno... Hablando del rey de Roma.

–¡April! –exclamó el chico, y entonces tropezó con sus propios pies, se le escapó la bandeja de las manos y la pasta se estrelló contra el suelo.

Siguió un instante de absoluto silencio y todas las cabezas que allí había se giraron. En ese momento uno de los otros chicos de la mesa habló.

–Venga, gente, se acabó el espectáculo. Ahora circulen.

Hugh, aunque claramente avergonzado, se rio e hizo una tímida reverencia. Se había puesto rojo mientras recogía su lata de Coca-Cola y algunos *tortellini* desperdigados.

–Lo siento. Qué idiota soy... –Su voz sonaba amortiguada, pero estaba claro que hablaba como el típico niño pijo, como habrían dicho los compañeros de clase de Hannah–. Lo siento mucho. Menos mal que ha caído boca arriba. Casi todo.

Sosteniendo su maltrecho plato de pasta, se deslizó con las mejillas aún encendidas hasta el hueco que había junto a Will y cogió un tenedor.

–No te comas eso, idiota –dijo April despreciativamente. Se levantó y ondeó el brazo hacia el mostrador–. Oye, ¿puede alguien venir a ayudarnos? Y que traiga otro plato de *tortellini*.

Todos observaron en silencio mientras un miembro del personal del *catering* se acercaba con otro plato y una bayeta para limpiar la salsa derramada.

–Lo siento mucho –dijo de nuevo Hugh, esta vez al empleado del *catering*, quien se limitó a asentir y luego se alejó de nuevo. Hugh tenía un aspecto penoso y, de súbito, a Hannah le inspiró una lástima insoportable.

–¿Todos vosotros os conocéis ya? –les preguntó a April y a Will, más por cambiar de tema que porque lo dudara. April asintió, sonriendo, pero fue él quien respondió.

–Hugh y yo nos conocemos desde hace mucho. Íbamos juntos al colegio y no hay nada que una más a los amigos que una mierda de colegio, ¿eh, Hugh?

–Así es –dijo el chico. El rubor iba desapareciendo de sus mejillas y ahora mantenía la cabeza inclinada sobre la comida, como si tratara de evitar las miradas de todos–. Hugh Bland –le dijo a Hannah–. Medicina.

–Hugh y yo somos muy buenos amigos –dijo April con una especie de ronroneo. Alargó el brazo, pellizcó a Hugh en la mejilla y, de inmediato, la cara del joven volvió a teñirse de rojo, esta vez hasta las orejas. Se produjo un silencio tenso.

–¿Y qué hay de ti? –dijo April, adoptando el aire de quien ha roto un silencio incómodo. Se lo preguntaba al muchacho sentado al lado de Hannah, el que había dicho a todos que se había acabado el espectáculo. Era un joven bajo y fornido de tez mediterránea, ataviado con una camiseta de fútbol del Sheffield Wednesday.

–Este es Ryan Coates –dijo Will–. Estudia Económicas, como yo.

–Efectivamente –dijo Ryan sonriendo. Tenía un acento puro de Sheffield y, después de oír tantas voces pijas del sur, sonaba casi agresivamente norteño. A Hannah la invadió de inmediato una fuerte sensación de camaradería, aunque Dodsworth casi no podía estar más al sur. Pero allí había alguien normal, como ella, alguien sin ese origen adinerado de las escuelas privadas que Will y April parecían dar por sentado.

–Estamos en la misma planta en Cloade –dijo Will.

Cloade, según había leído Hannah en el prospecto, era la gran ala moderna situada al fondo del Patio Nuevo, donde habían sido

alojados la mayoría de los estudiantes de primer año. Tenía forma cuadrada y se había construido con el hormigón típico del brutalismo, pero las habitaciones gozaban de baño propio y la calefacción funcionaba de verdad. Aun así, Hannah no podía evitar sentirse secretamente agradecida por que a ella y a April les hubieran dado una pintoresca habitación de estilo antiguo. Después de todo, ¿no era por eso por lo que había ido a Oxford? Su deseo era seguir las huellas dejadas por los eruditos durante cuatrocientos años, pisar donde ellos habían pisado, no unos cuadrados de moqueta que no tendrían más de unas pocas décadas.

–A través de la pared, oí que había puesto a los Stone Roses. –Ryan apuntó con el tenedor a Will–. Fui a su habitación para presentarme y resultó que estábamos en la misma clase. Y él me presentó a su colega. –Señaló con la cabeza a Hugh.

–Will y yo estuvimos en el mismo colegio –dijo Hugh, y en el acto se ruborizó otra vez–. Uf, espera, si te lo acaba de decir Will, ¿verdad? Perdón, qué idiota.

–No le hagas caso –dijo Will dándole a su amigo un cariñoso codazo en las costillas–. Hugh era el tío más listo de nuestro curso.

Ryan habló con la boca llena de *tortellini*. Su cara mostraba una expresión chistosa.

–Vaya, mira qué coincidencia. Yo también fui el tío más listo de mi curso. Parece que tú y yo tenemos algo en común.

–Todos fuimos los más listos de nuestro curso –dijo la chica que se sentaba junto a Ryan, interviniendo por primera vez. Tenía una voz grave, y su tono era bastante brusco e impaciente–. ¿No se trata de eso, al fin y al cabo? ¿No es esa la razón de que estemos aquí?

–¿Y tú quién eres? –le dijo Ryan, repasándola de arriba abajo con la mirada. Era una chica de pelo largo y oscuro, con un rostro serio, algo alargado, y unas gafas negras de forma rectangular. Miró a Ryan directamente a los ojos, sin un ápice de la timidez que Hannah habría sentido al ser observada de manera tan descaradamente enjuiciadora.

–Emily Lippman. –La joven se llevó el tenedor lleno de pasta a la boca y masticó pausadamente antes de tragar–. Matemáticas. Puedes llamarme Emily Lippman.

–Me gustas, Emily Lippman –dijo Ryan con una gran sonrisa, ante lo cual Emily arqueó una ceja.

–¿Y qué se supone que debo responder a eso?
–Lo que te parezca –respondió Ryan–. Nada, si es lo que quieres.
–Seguía sonriendo. Emily puso los ojos en blanco.
–En fin –dijo April en tono indolente–, eso no es verdad.
–¿El qué no es verdad? –preguntó Hugh.
–Lo de ser los más listos de nuestro curso. Yo no lo era.
–Entonces, ¿cómo has conseguido entrar aquí? –dijo Emily. El comentario podría haber resultado maleducado, pero viniendo de ella no lo parecía. Solo inusitadamente directo.
–Por mi encanto natural, supongo –contestó April, y sonrió, revelando los profundos y mullidos hoyuelos en las mejillas doradas–. O a lo mejor por el dinero de mi padre.
Se produjo un largo silencio, como si nadie supiera cómo tomarse aquello exactamente. Entonces Ryan soltó una breve risotada, igual que si April hubiera contado un chiste.
–Bueno, suerte que tienes –dijo Emily–. Por una cosa y por la otra.
–Se llevó la última porción de pasta a la boca, se levantó y se recolocó la ropa con las manos–. En fin, ¿qué coño tiene que hacer aquí una mujer para conseguir una copa?
–Podríamos ir a esa especie de sala común –dijo Ryan levantándose también. Hannah vio que era mucho más alto de lo que le había parecido–. ¿Cómo la llaman?
–SCE –corrigió April. Sus labios se curvaron en una sonrisa que Hannah empezaba a reconocer como prototípica de April: seductora y, al mismo tiempo, un punto maliciosa–. Sala Común de Estudiantes. Si hubieses leído la guía lo sabrías, pero ya se ve que no lo has hecho. Y también hay un bar al lado del refectorio. Pero ya les pueden dar, a la sala y al bar. Nosotros, de común tenemos poco y, además, ¿quién necesita un bar cuando disponemos de una *suite* absolutamente majestuosa y una nevera llena de champán?
Apartó el plato aún lleno de *tortellini*, miró al puñado de caras que tenía alrededor y sacó del bolsillo la llave de la habitación, que balanceó en el dedo al tiempo que arqueaba una ceja fina y oscura.
–¿Tengo razón?

Después

El pasado flota entre ambos mientras Will prepara la cena, cortando la berenjena y el chorizo en un silencio que la cháchara del locutor de Radio 4 hace todavía más opresivo. Hannah intenta pensar en algo que decir, pero no se le ocurre nada, y acaba retirándose a la sala de estar, donde saca el ordenador portátil y consulta los correos.

Tras recibir la llamada de su madre, el pánico hizo que borrara la aplicación de Gmail de su teléfono, para evitar que de improviso empezaran a llegarle notificaciones mientras volvía a casa, y ahora está más que asustada por lo que pueda encontrarse. Con todo, sabe que sería peor posponerlo. A la hora de acostarse, sin ninguna otra distracción a mano, se tumbará preguntándose qué mensajes acechan en su bandeja de entrada, hasta que ya no podrá más y volverá a entrar en el móvil. Y entonces, encuentre lo que encuentre, sean cuales sean las nuevas revelaciones, los titulares señuelo o los intentos por manipularla para que responda, su pulso se disparará y ella se llenará de adrenalina, con lo que la posibilidad de dormir será tan remota que seguro que no pega ojo en toda la noche, tan nerviosa que sentirá náuseas y no dejará de refrescar una y otra vez el correo y buscar en Google el nombre de April, presa de una especie de terror enfermizo.

Sabe que así es como sucederá, porque ya lo ha vivido antes. Mensajes diarios, o más que diarios, durante los primeros meses e incluso años posteriores a la muerte de April. Un flujo continuo, paralizante, de ruegos y hostigamiento y peticiones atosigantes que la dejaron conmocionada y herida tras la obsesión nacional que desató la muerte de April.

Cuando el proceso judicial concluyó, las peticiones se ralentizaron. Primero, la frecuencia se hizo semanal; luego, al tiempo que ella y Will trataban de escabullirse bajo la superficie de la vida diaria,

camuflándose en las nimiedades consoladoramente aburridas de los cursos de contabilidad, la compra de una vivienda, las preocupaciones monetarias y todo el caos prosaico de la existencia cotidiana, empezaron a ser más y más esporádicas.

Ahora es raro ya que contacten con ella, y casi nunca lo hacen por teléfono, después de que se deshicieran de la línea fija y Hannah se cambiara el número del móvil. Aun así, a veces todavía ocurre, cuando el nombre de John Neville aparece de nuevo en la prensa, cada vez que el equipo legal de Neville presenta una apelación o que alguien publica un libro o un nuevo pódcast. Y ha tenido que pasar todo este tiempo para darse cuenta de que eludir la cuestión no es el mejor modo de lidiar con ella.

No, lo mejor es hacerlo ya, quitárselo de encima y tener tiempo suficiente para calmarse antes de irse a la cama.

Pero, con sorpresa y alivio, ve que solo tiene tres correos por leer. Uno de su madre, enviado en las primeras horas de la tarde y con un «Llámame» en la línea de asunto. Es anterior a su llamada telefónica, así que lo borra.

El segundo es un aviso de vencimiento de la biblioteca, y lo marca como no leído.

El tercero tiene una dirección de correo que no reconoce y el encabezado del asunto es «Una pregunta».

El corazón se le está acelerando incluso antes de hacer clic en él, y la primera línea confirma sus temores:

Querida Hannah:

No nos conocemos, pero permíteme que me presente. Me llamo Geraint Williams y soy periodista del *Daily*...

Es suficiente. No necesita leer más. Se quita las gafas y deja que la pantalla se vuelva borrosa e ilegible. Luego, hace clic en «Mover a Peticiones» y ve cómo el correo desaparece.

Después, se queda allí sentada, con las gafas en una mano y el teléfono en la otra, mirando fijamente la pantalla vacía. De pronto tiene los dedos helados, de modo que se estira las mangas del suéter para cubrirse las manos y tratar de calentarlas. Siente su pulso latiendo enloquecido y débil y, con una especie de objetiva indiferencia, se

pregunta cómo el estrés estará afectando al bebé. «Son muy fuertes». Oye la voz de su madre en su cabeza, su solidez tranquilizadora. «Por Dios santo, si las mujeres dan a luz hasta en zonas de guerra...».

—¿Estás bien?

La voz suena a su espalda y la sobresalta, a pesar de que su cerebro consciente reconoce la presencia de Will. Él se apretuja junto a ella en el sofá y le pasa el brazo por los hombros, y Hannah se mueve para recostarse en su regazo.

—Lo siento —dice Will en voz baja—. No era mi intención ser tan insensible contigo. Solo... solo necesitaba procesar un poco la noticia.

Ella se apoya en su pecho, y siente cómo se le flexionan los músculos de los brazos cuando la abraza. Hay algo en la fuerza de él, en su mismo peso, que le resulta inexpresablemente tranquilizador, de un modo que tiene algo de irracional. No debería importar que Will sea más alto, más corpulento y más fuerte que ella; hace tiempo que Hannah superó con creces el temor a la amenaza física que pudiera representar John Neville, pero por alguna razón sí que importa, y la presencia física de Will la conforta más que una avalancha de palabras consoladoras.

Se acurruca contra él, con la cabeza en su pecho, sintiendo su aliento en la raya del pelo y la calidez de su cuerpo, que le va calentando los dedos todavía helados. Como si le leyera el pensamiento, Will habla:

—Dios, tienes las manos congeladas. Trae aquí.

Se las coge y se las mete sin dudarle bajo la camiseta; se estremece un instante cuando los dedos fríos tocan la cálida piel que cubre las costillas, pero enseguida se relaja con su contacto, una vez desaparece ese primer escalofrío.

—¿Cómo puedes estar siempre tan caliente? —consigue decir Hannah con una risa que le sacude el cuerpo, y entonces él apoya la barbilla en su cabeza y le acaricia el pelo con una mano.

—No lo sé. Los años de esa porquería de calefacción central que tenían en Carne, quizá. Cariño, no sabes cuánto siento que ahora pase esto. Sé lo duro que es para ti.

Ella asiente, la cabeza pegada a la clavícula de Will, la vista fija en el hueco tibio y oscuro que queda entre sus cuerpos.

Él lo sabe. Tal vez sea la única persona que lo sabe de verdad, que comprende la complicada vorágine de sentimientos que la muerte de Neville ha reavivado en ella.

Porque, en la superficie, podría parecer una buena noticia: John Neville se ha ido, para siempre. Y a largo plazo, quizá sea para bien. Pero a corto plazo va a provocar una oleada de interés; destrozarán su ilusión de normalidad tan duramente ganada, justo cuando ella y Will deberían concentrarse en la nueva vida que van a traer al mundo y no estar pensando en aquella otra cuya aniquilación vivieron ambos. Recuerda los días y meses que siguieron a la muerte de April, el foco mediático implacable y atrozmente obsesivo, la sensación de que algo horrendo había sucedido, y también que lo único que quería entonces era esconderse en las sombras y mecerse a sí misma adelante y atrás mientras trataba de asimilar lo que había visto; pero dondequiera que corriese, hiciera lo que hiciese, ese foco no dejaba de buscarla. «¡Señorita Jones, un breve comentario, por favor! Hannah, ¿me concederías una entrevista? Cinco minutos, lo prometo».

Durante diez años, desde el juicio, no ha hecho más que esconderse de ese foco. Durante diez años, la muerte de April ha sido lo primero en lo que piensa cuando se levanta y lo último cuando se acuesta. Y sabe que para Will ha sido igual; durante toda su relación, han tenido la sombra de April cerniéndose sobre ellos. Pero estos últimos meses, con el bebé y todo lo demás, ha podido... no exactamente olvidar, porque eso nunca le sería posible, pero sí sentir que la muerte de April no era lo que regía su vida. Y, aunque ella y Will nunca lo han hablado largo y tendido, está bastante segura de que en su caso también ha sido así.

Ahora, con la muerte de Neville y el inevitable frenesí mediático, regresarán otra vez a lo mismo, a tener que cambiar los números de teléfono y a filtrar los mensajes. Hannah se encontrará a sí misma mirando dos veces a los clientes que entran en la tienda. En Carter and Price, la empresa de contabilidad de la que Will es socio minoritario, se le explicará la situación a la nueva recepcionista y se la instruirá para que haga algunas preguntas más antes de pasar las llamadas y fijar las citas.

También para él ha sido duro. Incluso más duro, en algunos aspectos, aunque nunca lo admitirá. Sin embargo, no es ninguna coincidencia que la siguiera hasta allí, hasta Escocia, un país con su propio sistema legal, sus propios periódicos, un lugar tan alejado de Oxford como se pueda estarlo sin salir del Reino Unido. Recuerda

el día gris de septiembre de hace ocho años en que él entró en la tienda. Ella ayudaba a un cliente a elegir un regalo de cumpleaños, debatiendo los méritos del nuevo libro de Michael Palin frente a lo último de Bill Bryson. Algo, un ruido o un movimiento a su espalda, había hecho que se diera la vuelta, y allí estaba él.

Por un momento, se quedó sin palabras. Simplemente, siguió allí parada, con el cliente parlotando tan feliz sobre Rick Stein mientras su corazón latía con más y más fuerza en una especie de júbilo desbocado.

Tres meses después se fueron a vivir juntos.

Dos años después se casaron.

Es extraño. Will es lo mejor que le ha pasado nunca y, sin embargo, están unidos por lo peor que a Hannah le ha tocado vivir. Su relación no debería funcionar. Pero lo hace. No habría sobrevivido a esto sin él; es consciente de ello.

Ahora levanta la cabeza, lo mira a la cara y le pasa los dedos por la mejilla, tratando de leer sus pensamientos bajo esa preocupación que demuestra por ella.

—¿Estás bien?

—Estoy bien, sí—contesta él en tono meditativo, y añade—: Bueno, no bien exactamente.

En su interior se está debatiendo, eso a Hannah no se le escapa. Esa ha sido la manzana de la discordia durante toda su relación: esa costumbre suya de encerrarse en sí mismo, de fingir que todo le va bien cuando en realidad está a punto de desmoronarse. Cuanto peor marchan las cosas, cuanto más estrés tiene en el trabajo o más preocupado está por el dinero, menos le cuenta. «¡Háblame!», esa es la palabra que Hannah ha estado gritando durante casi diez años, pero él aún sigue preguntándose cómo gestionar la vulnerabilidad que supone abrirse a los otros, porque durante toda su infancia lo importante era no mostrar debilidades.

—Estoy bien—dice por fin—. O lo estaré. Cuando haya tenido tiempo de procesar la noticia. Pero yo no he tenido que lidiar con ella del mismo modo que tú. Yo no vi... —Se detiene y vuelve a empezar—. No he tenido que pasar por todo lo que tú pasaste.

Ella asiente. Porque es verdad. Sí, Will estaba allí, y sí, April significaba para él tanto como para ella, o incluso más. Pero él no tuvo

que ver lo que Hannah vio aquella noche. Ni tuvo que pasar las semanas, los meses o incluso los años que siguieron dándole vueltas y más vueltas a lo sucedido. Primero con la policía. Luego con los abogados de la acusación. Y por último en el juicio, en el estrado. Y la cosa no se detuvo allí, ni siquiera tras el fallo condenatorio. Porque el hecho es que el caso contra John Neville se basaba en el testimonio de ella, y ya se han encargado de que no se le olvide nunca.

Will vuelve a hablar, su voz más suave y profunda de lo normal, la cabeza caída sobre el pecho.

–Quizá... En fin, quizá en cierto modo todo sea para bien.

Hannah no dice nada al principio. «¿Por qué ahora?», no puede evitar preguntarse. Por qué ahora, cuando deberían ser tan felices y estar tan embebidos en su relación y en el bebé que han engendrado. No debería tener que enfrentarse a retrospectivas ni a noticiarios especiales nunca, y menos aún ahora.

Pero entonces piensa en los años que tienen por delante, llenos de una retahíla interminable de artículos periodísticos y de llamamientos y de peticiones para realizar declaraciones, y sabe que Will tiene razón. Entonces, ¿por qué en su interior siente como si no la tuviera?

–La BBC ha dicho que Neville estaba preparando una nueva apelación –dice Hannah. «Apelación». La palabra le produce un miedo enfermizo de solo pronunciarla–. No creo que hubiera podido soportarlo. De ninguna manera quiero que esto vuelva a despertar interés, pero tienes razón. Cuando esto haya acabado...

Se interrumpe, casi demasiado asustada para decirlo en voz alta.

Es Will quien dice las palabras, su voz firme mientras la estrecha con fuerza entre sus brazos.

–Cuando esto haya acabado, habrá acabado de una vez por todas.

Y, por primera vez, Hannah se permite creer que podría ser verdad.